

Chéjov o la Herida del tiempo

JOSÉ LUIS
LANASPA

Es tiempo de tránsito, de reflexión y de melancolía el que viven los personajes de *La Gaviota*, que vuelve a los escenarios representada por el Teatro de la Danza de Madrid. Sus personajes, cuatro mujeres y seis hombres, parte de una familia y el entorno, pasan el verano junto a un lago quieto, y son criaturas con sentimientos y conscientes de la propia existencia y de la incertidumbre que conlleva. Al fondo de los hechos y más esenciales que esos hechos —amores correspondidos o no, cuestiones familiares, aspiraciones profesionales, problemas de salud—, está el paso del tiempo que arrastra del verano al invierno— y sigue.

El melodrama empieza con una pregunta a una mujer:

“¿Por qué va usted siempre vestida de negro?”. Y ella contesta: “Llevo luto por mi vida”. La vida y el destino. En la que también hay ilusiones y empeño por dejar el luto, por arrancarle instantes a la muerte. Ni en la vida ni en el teatro de Chéjov pasa nada o casi nada. Vida absurda, según él, pero con un impulso de verdad.

TEATRO

tiempo. Y la incertidumbre de lo que se avecina en el entorno europeo. Podría interpretarse como un presagio histórico.

No sé si el autor intuyó que unos años después estallaría la Primera Guerra Mundial, y en 1917, la revolución rusa: el stalinismo y enfrente los fascismos vacuna, y, como consecuencia, millones de gaviotas inocentes arrastradas al infierno. Es el trágico invierno del último acto.

Los personajes cultos creados por el autor, la burguesía rusa de aquel tiempo, mientras se mueven en torno al lago veraniego parece que lo presienten. Se ha dicho que es la agonía de un amor, de una casa, de una sociedad.

Pero en Chéjov, junto a la melancolía, se da siempre también, y especialmente en aquel tiempo, la esperanza del futuro. “Mi papel —escribió el autor— es saber distinguir lo que es importante de lo que no lo es, saber iluminar a los personajes y hacerles hablar su lengua”. Muchos años después, autores como Beckett, un ejemplo más y singular, seguirían transmitiendo desde el teatro esa espera a Godot que, aunque no llegue, ayuda a vivir.

Entre los intérpretes de *La Gaviota*, sobresale la calidad dramática de Carme Elías, que comunica con instinto la idea existencial de la obra. Y también hay que destacar a la joven Silvia Abascal y al veterano Juan Antonio Quintana, dentro del aceptable nivel del reparto.

La gaviota, un hermoso pájaro, libre y feliz en un lugar maravilloso. Pero un día llega un hombre de manera casual, la ve y, por hacer algo, la mata. Así reflexiona uno de los protagonistas. Es el temor a lo que puede venir de manera inevitable. Antón Chéjov murió en 1904 (*La Gaviota* se estrenó en San Petersburgo en el otoño de 1896) y en lo que nos cuenta se advierte —me parece— las postrimerías de un

Acertada asimismo la versión y dirección de Amelia Ochandiano.

París 1940, de Louis Jouvet

Hay que empezar diciendo que es una obra exquisita a cargo, en su versión, dirección e interpretación, de un singular actor: Josep María Flotats. Se trata de una muestra de buen gusto e inteligencia. Algo así como un respiro entre tanto espectáculo chistoso. La influencia cultural de Louis Jouvet (1887-1951), actor, director, pedagogo, ensayista y conferenciante, pervive como un reflejo de la Ilustración. Esta obra, *París 1940*, es una reflexión sobre el sentido del teatro —el trabajo del actor en la interpretación de un texto— y, por extensión, sobre la realización humana, de cada persona, mediante la perfección del propio oficio que no sólo ayuda a vivir al que lo practica, sino que también contribuye a la plenitud de los que le rodean.

El origen de la obra son unas notas de Jouvet sobre su dedicación a la enseñanza teatral, que Brigitte Jaques llevó a su *Elvire-Jouvet 40*. A Josep María Flotats, que ahora personifica al autor francés, le hace —dice— explicarse sus deseos, sus esperanzas, sus sueños artísticos. En *París 1940* —añade—, Louis Jouvet, mientras dirige y enseña a su alumna Claudia, se cuestiona, duda sobre lo que enseña, sobre sí mismo, sobre el personaje de doña Elvira y sobre la dramaturgia de don Juan de Molière. Jouvet fue

movilizado durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y, durante los momentos de pausa de los bombardeos en las trincheras, leía y estudiaba el *Don Juan* de Molière, todavía hoy de referencia.

Y al fondo de estos actores de oficio, con interés no sólo para los que lo ejercen, sino también para todos los aficionados al buen teatro, aparece brumosa la Segunda Guerra Mundial —músicas en la oscuridad y bandera de cruz gamada— con la ocupación de París por las tropas de Hitler que se cobran tantas víctimas y empujan al exilio a los no adictos, entre ellos, a Louis Jouvet y a Claudia que, aparte de dedicarse con amor a su oficio, quieren ser libres. Por si fuera poco, ella es judía. Pero por encima de vicisitudes históricas, están los sentimientos de los actores, de los personajes que interpretan y del público, sentimientos que se mezclan y que son la esencia de un teatro humano y de buen gusto.

Dentro de los objetivos del cartel, como se explica en el programa —búsqueda de la armonía entre la interpretación, el decorado, el vestuario y las luces—, Jouvet, en cuanto a la selección del repertorio, apuesta por un teatro de la más alta dignidad literaria, un teatro en el que las ideas expresadas en el texto de manera clara y sencilla, tengan la capacidad de convertirse en una forma transmisible al público. Lecciones de teatro y de vida.

Junto a la genial interpretación de Josep María Flotats, ya subrayada, hay que resaltar al otro personaje de la obra, Claudia, que también de excelente manera representa Mercé Pons. La traducción es de Mauro Armiño.

Aparte, una nota para llamar la atención sobre la Compañía Nacional de Teatro Clásico, con el estreno en Madrid de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, de Lope de Vega. La tradición, como ha dicho su director, José Luis Alonso de Santos, no está equivocada. Merece la pena conocer y volver a los clásicos.